

El Encanto de Venecia

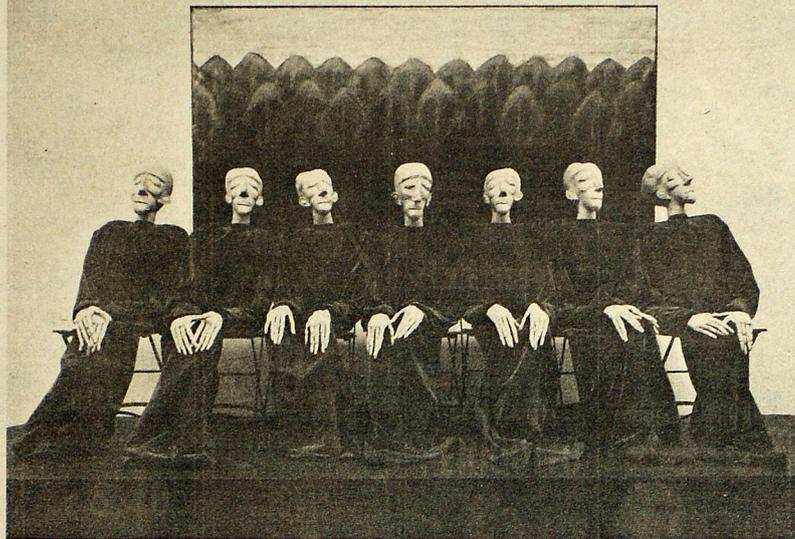
Venecia es una ciudad a la que sus constructores olvidaron de hacer las calles. Elevada en las rocas sobre un sistema de islots, recién al concluirse se dieron cuenta del olvido y lo rellenaron de agua, condenando a sus habitantes a convertirse en nadadores y en gondoleros. Allí las piernas sirven sólo para cruzar los puentes y ponerlas a descansar en las amplias terrazas de la plaza de San Marcos, a la vera de los cafés, con orquestinas de verano. El Gran Canal la parte en dos, con una "ese" caprichosa, cuya punta comienza en Santa Clara para ir a concluir en el Canal de la Giudecca. Como se sabe, a grandes rasgos, por intermitentes voces de alarma, Venecia se derrumba. Un misterioso mal de piedra la corroe y desintegra sus cimientos. Los turistas pasean en mangas de camisa y se fotografian en los puentes, en las portadas de los viejos palacios abandonados, en las ventanas de los restaurantes junto al Rialto. Las gondolas arriendan sus erguidos cuellos de cisnes cansados a los postes de los merenderos, en espera de la feliz pareja de recién casados, envueltos en el halo romántico, que quiera pasear por los canales a la luz de la luna, al son de las mandolinas.

El "Duce" solía ir a Venecia a dar discursos y a saborear los excelentes "macarroni". Los dispositivos de seguridad de la OVRA lo mantenían a cubierto de eventuales terroristas y, alguna vez, para amanzar el paseo, alquilaba a dos o tres "condotieros" para que hagan salvas inofensivas en su honor, que luego eran presentados por la prensa europea como atentados fallidos. El "Duce" abombaba el pecho y pronunciaba tempestuosas arengas contra las "democracias corrompidas", vaticinando su próximo hundimiento ante la marcha victoriosa del fascismo "hacia sus imperiales destinos" que se vieron cortados por el mar Adriático. Pero Venecia permanecía indiferente, entrecerradas las pupilas por las cortinas de su nombre que tan grata penumbra ofrecen a las alcobas de sus albergues en el amanecer desvelado. El arrogante poderío medioeval se había detenido al pie del pedestal que sostiene la retadora memoria de Bartolomeo Colleoni.

Frente a Venecia se extiende el Lido como un lagarto anclado. Allí coinciden los afortunados del mundo, las estrellas de cine, los especuladores de "bolsa negra". Bella playa dorada se ofrece como lecho a los más deslumbrantes desnudos del nocturno europeo. Se podía contemplar a poco costo, con ayuda de los prismáticos, los de la Lollobrigida, la Loren, la Cardinale — todos "bocatti di cardinale" al decir de los burlones venecianos — entre otros no menos apetitosos aunque menos ilustres. Un día de verano de los años sesenta, un "vaporetto" cargado de bañistas dio una vuelta de campana y se hundió frente a la playa. Murmura la leyenda que todas las bañistas se convirtieron en sirenas aunque nadie las volvió a ver. El prestigio turístico del Lido se resintió con el desastre, y los ingresos de la antigua y orgullosa Venecia decrecieron al mismo ritmo de la ciudad que se hunde un poco cada día, como un barco abandonado en el mar.

Tal fue Venecia, pueblo de navegantes, de artifices y aventureros de gran estilo que los tiempos han relegado a emporio de turistas, bañistas y recién casados. Ahora, las vicisitudes venecianas han aumentado al ser escogida como sede de una reunión de hombres graves y adinerados — rotarios del poder y de la finanza — que proyectan encontrarse en junio próximo con asistencia del Presidente Carter si las presentes circunstancias lo permiten. Esto ha provocado un verdadero conflicto de etiqueta entre los directores del protocolo y los encargados de la seguridad del mandatario. Conjuntamente, al parecer, habían proyectado el itinerario de un cortejo automovilístico a través de Venecia como suele ocurrir en cualquier ciudad del mundo... Pero Venecia no es como las otras. Su solo medio de comunicación, de ciudad lacustre, es la góndola y, como transporte popular, el "vaporetto" que es una suerte de tranvía acuático con paradas intermedias a lo largo del Gran Canal.

Hace unos años, un audaz empresario instaló un servicio de lanchas automóviles. Con mucho juicio y en defensa de una tradición tan perezosa como silenciosa, el alcalde veneciano prohibió su tránsito por los canales. Las vibraciones de los motores afectaban a la estabilidad de los palacios y no dejaban dormir en paz a las hermosas venecianas. La innovadora empresa fue a la quiebra y la ciudad lacustre recobró su serenidad secular. Los guardianes de Carter no quieren admitir esa evidencia y han expresado sus protestas. ¿Qué clase de ciudad es esa, han comentado, en la que no conocen el automóvil? Años atrás, un turista norteamericano de visita en Venecia contemplaba los postes pintados en espiral de sus palacios, los confundía con los tubos "geissler" de las peluqueras de Nueva York y deducía que esa era una ciudad habitada por barberos y peluqueros. De ese modo, Venecia, a través de las edades, defiende su secreto inescrutable y sobrevive al desencanto de los turistas.



"Grupo de siete figuras y cuadro", obra de Eva Aeppli.

Los cuerpos sin vida de Eva Aeppli

Por Carlos Balaguer

Hasta fines de octubre de 1967, se presentó en el Helmhous de Zurich, una muestra-exposición representativa de la artista suiza Eva Aeppli, quien trabaja y reside en París.

Eva Aeppli cobró fama, por decirlo así, al caracterizar personajes (macabros muñecos de trapo), que en cierta forma expresaban alguna condición humana. Aquella exposición proyectaba en sus inicios la obra especial de esta costurera de cadáveres — como yo le llamo —, quien a partir de 1965, trataba, según algunos críticos, de dar expresión por el "environment" a esa visión suya de la muerte "encerrada en todas las cosas, muerte enjaulada hasta en personas vivas, y siempre presente".

La inválida de la urna de vidrio

En 1976 fui invitado a la famosa "Documenta-76" que se celebraba en varias importantes ciudades de Alemania, como asistente a un congreso de la AICA (Asociación Internacional de Críticos de Arte). No recuerdo en cuál de todas las salas de exposiciones me vine a encontrar a solas con la obra patética de Eva Aeppli.

Se trataba de un cuerpo — al parecer femenino, de anciana, asexuado, quizá sin tiempo ni edad — abandonado — pues no puedo decir "sentado", porque la vida, aunque esté en reposo no está necesariamente en un reposo total, diríamos

que todo lo vivo sólo puede manifestar un reposo viviente—. Estaba ahí sobre una silla de ruedas de metal blanco y simple, sin cojines ni otra condición de comodidad. Mirando desde su vacío de trapo hacia este otro vacío de materias vivas y transitorias, en crisis de existencia y de asideros a la realidad. Aquello — mejor dicho, aquel "personaje" — estaba encerrado en una urna de vidrio. Con sus desmayadas manos de trapo y sus músculos simulados por costuras y rellenos banales. Ahí, ante mí, la invalidez y soledad del ser humano en su torre, en su urna fatua de cristal, al punto de romperse por un recuerdo, por un maltrato, por la misma opresión a la que lo abisma su misma humana condición.

Viaje hacia la materialización de sus lienzos

Eva Aeppli había incurrido con anterioridad en la expresión de esos actores inmóviles. Lo hizo, en sus lienzos. La muestra de 1967 incluía 23 cuadros de esos, pintados con las "tonalidades oscuras de la desesperanza".

Sus "environments", como se le llama a ese tipo expresivo de la artista, son gru-

pos de muñecos realizados con tela ligera, finos materiales de relleno, todo cosido, aplicado y bordado por la misma autora. A ello se debe su efecto impresionante, grave, trágico en demasía, que nos cierra los labios, que nos impide proferir palabras ante su real soledad y mortal desfallecimiento. Las cabezas con aire de momias, sostienen su equilibrio en las costuras; en una columna dorsal imaginaria, inconsistente. Los rostros parecen mirar hacia dentro, encerrados en su "mismidad aberrante"; observando hacia sí mismos (ensimismados) en su propio vacío; incomunicados para siempre.

Incomunicados para siempre de la demás familia aeppliana de los fantoques humanos, también cautivos en su amargada retórica, en su infausta condición de conciencias errantes en el sistema colectivo de crecimiento y decrecimiento; incomunicados para siempre de estos otros espartapájaros de trapo y paja, de estos ensimismados viajeros; estos viajeros inmóviles en el tiempo y en el sitio social (lo que algunos llaman status) aterrizados por el concepto de una eternidad frustrada, empeñados todos nosotros como Eva, en dejar huellas sobre el sendero, para que vengan otros tiempos a borrarlas, a podririllas sobre la tierra, a dejarlas en cualquier sitio, en cualquier sala, como un manójo desviado de materias, como cuerpos de trapo, sin vida ni enamoradas ilusiones.

Filosofía, Arte y Letras

Geórgica

Carlos Pezoa Véliz (chileno).

Dios atenderá mis ruegos...
Yo sólo pido alegría,
un rancho en la lejania,
allá un buey, acá un borrego.

Seré bueno: hecho un labriego
habrá en mi hogar niños y niñas,
fecundas serán mis vivas

y armoniosas las canciones
que hagan llorar los gorriones
en medio de mis campañas.

Y sobre esta dicha, sobre
esto que exista, si existe,
un consuelo para el triste
y un pan fresco para el pobre.